

Cultura a la contra

Superpán

Lo que más me cabrea del americano medio es precisamente eso: que sea medio. Y que nos importe multinacionalmente un sistema de valores morales y estéticos basado en un cultivo sabio y sádico de la mediocridad. Mediocridad encarnada ahora en ese Supermán con rictus de cupletista —igualito en apariencia a su original de los tebeos— que nos venden en cines y hamburgueserías color naranja. Es una especie de Cristo tontorrón y bondadoso, que se despidió de su madre adoptiva en medio de un campo de trigales muy de Millet y de Angelus y se lanza a cumplir su espantosa misión: aburrirnos, aburrirnos hasta los extremos más absolutos, haciéndonos concebir una simpatía nada secreta por los villanos con los que se enfrenta, que resultan muchísimo más simpáticos, aunque sólo sea por contraste.

A diferencia de muchos de mis compañeros de degeneración, de mis contemporáneos, yo nunca he querido ser Supermán; cierto es que algunos de sus poderes son envidiables —por ejemplo, poder volar en horas punta sería muy agradable—, y que con ese ajustadísimo y vistoso traje adornado con los colores —rojo y azul— de Fuerza Nueva se debe ligar muchísimo, y eso siempre está bien. Pero es que el personaje me indigna, porque no se parece nada al superhombre de Nietzsche, que es el bueno. Yo he pensado siempre que un ser como ése, radicalmente distinto de los humanos en lo físico, debía tener también una moral distinta, una visión más amplia de la realidad. Y que, desde luego, no iba a meterse en asuntos tan mezquinos y poco interesantes como es el hacer respetar la ley y el orden al estilo americano. Si yo fuese Supermán, creo que me dedicaría simplemente a gastar bromas: pintar Madrid de azul municipal, por ejemplo; o sustituir el fetsimo edificio de Correos por el Taj Mahal o la mezquita de Santa Sofía, mucho más presentables por cierto. Pero, desde luego, no me dedicaría a detener carteristas, malgastando de ese modo mi inmenso poder.

Supermán es un dios tontísimo, o más bien un pobrecito humano —demasiado humano— con poderes y atributos de Dios. Era mucho más divino, y también volaba, Peter Pan: desmemoriado y amoral, como son los dioses. Peter Pan fue asesinado por Walt Disney, o por su eminencia gris, que era una señora muy gorda y maternal, dicen que española; Supermán ha sido asesinado por la coca-cola. Nunca fue un mito en exceso bonito, y hay superhéroes mucho más divertidos que él; superhéroes como Amadís de Gaula, o Conan de Cimeria, cuyas aventuras divierten mucho más y que, encima, no llevan por el mundo el mensaje de bondad y sonrisa blan-qui-si-ma típicamente americana. El porvenir de este héroe, que no es el mío, no está en atrapar maleantes —“pillos” decía él en las primeras versiones de su vida que llegaron a mis manitas infantiles, publicadas en México—, ni en volar interminablemente llevando de la mano a la periodista Lois Lane, en torno a la Estatua de la Libertad. Su porvenir está en vender coches usados, o tal vez en presentarse como cantante de Viva la Gente. Y una aparición de vez en cuando en el acaramelado “Holiday on Ice” no le vendría mal. Y es que hay cosas que son inequívocamente americanas, como ciertas marcas de cigarrillos. Cosas que repatean, que dan grima, que resultan insoportables, precisamente por ser tan inequívocamente americanas. ■

EDUARDO HARO IBARS.

sólo las relaciones de producción y no vaya acompañada de una revolución en el plano ideológico, cultural, civil, de una revolución que remueva hasta los cimientos de la ideología anterior, dejará a la mujer sólo emancipada económicamente, pero numerosos obstáculos de orden ideológico se le opondrán en todas las demás facetas de la vida, y restará —y resta— aún mucho para que pueda hablarse de liberación.

Pero lo que es evidente es que Bebel no separa en ningún momento el proceso de liberación de la mujer del proceso de liberación de la clase obrera —y hoy podemos ampliar notablemente el abanico de fuerzas interesadas objetivamente en el cambio social— y de la revolución socialista. Naturalmente, el autor no podía predecir los zigzags de los cambios políticos, la sinuosidad del proceso revolucionario, que a veces se desfiguran los rasgos futuros con conceptos del pasado (Irán), y en los que la mujer, lejos de ganar, parece perder. Esas contradicciones, lejos de ser ajenas, son profundamente dialécticas del desarrollo desigual, y es lo que las feministas, el movimiento de liberación de la mujer tiene que estudiar en profundidad si quiere marchar a favor de la corriente de la Historia, a la vez que unir su lucha contra los aspectos retrógrados, saber y unirse en lo que significa avance.

■ DULCINEA BELLIDO.

CINE

“El asesino de Pedralbes”

Donde la televisión no llega o no quiere llegar, o donde la actualidad periodística no se digna penetrar, el cine alcanza una dimensión única e importantísima. Aquí está este “Asesino de Pedralbes”, de Gonzalo Herralde, para provocarnos una inquietud que llega en ocasiones a violentarnos profundamente o a facilitar al menos una información insustituible sobre un ser humano complejo y al tiempo tan cotidiano como somos todos los asesinos de paisano que andamos por las calles: José Luis Cerveto, condenado dos veces a muerte e indultado más tarde, no saldrá de la cárcel hasta después del año 2000. Su futuro, pues, está ya sellado. Pero su pasado y las razones que le han llevado a esa prisión no son sólo tema de un par de sentencias en lenguaje burocrático. La emoción de cada uno de sus recuerdos, las vivencias de sus momentos vitales forman parte de un mundo que podemos reconocer. La lucidez de sus declaraciones o la pasión de sus condenas forman el eje de esta película que busca, en la auténtica realidad del protagonista encar-

“El asesino de Pedralbes”, de Gonzalo Herralde.

